EL NUMERO DE LA LOCURA

(Relatos breves inspirados en discos)



































PABLO IGLESIAS



INDICE

ALGUNAS PALABRAS

Esta serie de relatos surgió casi por casualidad. Hace unos años intenté hacer una composición con los títulos de los temas que integraban el disco de una banda amiga.

De ese ejercicio nació un cuento que les gustó bastante.

Entonces, me propuse hacer una serie de narraciones breves que recorrieran los discos de los artistas que admiro.

Muchas gracias a todos aquellos que han dejado alma y sudor para plasmar en canciones aquello que las musas inspiradoras dictaron para las historias y personajes que habitan esta recopilación.

Un especial agradecimiento a Pamela, Javi B, Entierro Prematuro, Gran Bandida, Diego Kamikaze y Rubén Paz (Uno del Oeste) por el apoyo permanente.

Y a vos, por haberlo descargado y dedicar un tiempo a su lectura.

Espero que los disfrutes...

Pablo Iglesias

LA DONCELLA DE HIERRO

El merodeador intentó camuflarse en la penumbra a la espera del momento propicio ante las puertas del pomposo teatro. Se frotaba las manos con gesto ansioso e imaginaba cómo se infiltraría en el camarín de las bailarinas. Respiró profundo y repitió un mantra que rezaba "Recuerda mañana".

Se imaginaba corriendo libre por la playa, junto a una pelirroja de indescriptible sensualidad. Desnudos y felices. Su maníaco rostro dibujó una sonrisa que se congeló ante aquella inesperada visión.

El Fantasma de la Opera huía desesperadamente de la célebre Charlotte, la ramera, y sus compañeras. Lo perseguían con evidentes muestras de odio. La capa entorpecía su alocada carrera y se enredó con el merodeador para provocar la caída de ambos.

El fugitivo enmascarado se reincorporó con pasmosa celeridad y susurró unas palabras, a modo de advertencia.

—Mantén tu distancia y no muerdas el anzuelo, pero no desaparezcas.

Cuando el merodeador abrió la boca para responder el Fantasma se adentró en las sombras para desaparecer como por arte de magia.

Las samaritanas del amor lo señalaron y rugieron con ira visceral, sedientas de sangre. Lo superaban en número y, aún a pesar de su pacífica rendición, lo molieron a golpes hasta convertirlo en una pulpa amoratada.

En nuestros días, el desafortunado permanece encerrado en un sarcófago y aguarda su destino. Reflexiona, resignado, acerca de este mundo extraño, mientras es conducido a Transylvania.

Allí lo espera un tribunal presidido por la misma Charlotte, quien ha dejado su antigua profesión para convertirse en la impiadosa Doncella de Hierro.

ASESINOS

Cansado, perdido y sin un lugar adonde ir, el vagabundo se adentró en aquel callejón desolado que tan bien conocía. Fríos y húmedos adoquines fueron espectadores silenciosos de los pasos solitarios.

Su sombra se proyectaba, imponente, sobre las fachadas de las casas cerradas con él ímpetu del horror. Siempre se creyó merecedor de otra vida. Mucho más digna y a la altura de sus pretensiones. Después de todo, tenía sangre real.

Su padre, el despiadado Genghis Khan quería incentivarlo en la conquista. En el disfrute de la miel de la matanza y la destrucción. El muchacho comprendió que su reticencia tendría consecuencias y se recluyó en un exilio inocente. Atravesó los paisajes más indómitos y se enfrentó a todo tipo de bestias y peligros por mero instinto de supervivencia Sus hazañas comenzaron a difundirse de boca en boca y los trovadores le compusieron numerosas odas.

Una noche se adentró en una oscura caverna para guarecerse de la fría tormenta que se había desatado. Caminó hasta

encontrar una salida y, tras un largo trecho, emergió en aquella ciudad donde se hablaba otro idioma. Construcciones modernas y de formas refinadas.

Él intentó acercarse para conversar con una hermosa joven de ojos claros y cabellos oscuros que lucía un generoso escote. La luna estaba en su apogeo y pareció dirigir sus impulsos primarios. Ella comenzó a gritar. Un ejército de sombras y antorchas se reflejó contra las paredes, como lo habían hecho las suyas propias.

La dama chilló y clamó por justicia para sus compañeras. Él se asustó y corrió con la máxima velocidad que le permitieron sus jóvenes piernas. Al doblar en la calle de la Misericordia se topó con otro grupo de ciudadanos ávidos de sangre. ¡De la suya!

Al contemplar aquellos rostros desencajados comprendió que no había razonamiento posible. Una piedra partió desde ningún lugar y le abrió un pequeño corte en la frente. Los dientes rechinaron y su mirada se tiñó de carmesí.

Por aquellos tiempos, otro suceso aterraba a la población. Los crímenes de la calle Morgue. Aún sin resolución. Quizás para evitar alimentar el miedo, o tal vez por el

horror que les producía el recordar aquella situación, los silenciaron. Supusieron que el tiempo terminaría por sepultarlos, como ellos hicieron con aquellos que intentaron detener al iracundo joven.

Nadie supo decir por qué calle se escabulló, pero poco tiempo después regresó al palacio de Genghis Khan, quien se enorgulleció al reconocer al hijo pródigo en aquel rostro salvaje cebado por la sangre.

Los guardias, temerosos ante el cambio de actitud en el mancebo, se abalanzaron sobre él. La suerte estaba echada y los eliminó sin dificultad hasta que solo quedaron padre e hijo. Sus ojos aún mantenían el vigor de la batalla y cruzaron armas como si fueran dos extraños trabados en una danza mortal.

El acero acarició las entrañas del progenitor, quien se derrumbó sobre su verdugo para darle un último abrazo. Nadie escapa de la férrea mano de la justicia. Ni siquiera los más poderosos. El purgatorio abre sus puertas para todos.

Pero en su caso, deberá esperar.

El vagabundo regresó a la caverna con la firme intención de coronarse emperador en los Idus de marzo. Porque él era más que un

conquistador. Estaba por encima de ellos. Alguien le gritó que era un criminal. Él se mofó, al saber que personificó a todos y cada uno de ellos. A los anónimos y a los tristemente célebres. Él es el rostro de todos los asesinos.

EL NUMERO DE LA BESTIA

Hay lugares que parecen detener el tiempo y espacio. De esos que revelan la indómita naturaleza instintiva del hombre. Este quedaba en la Avenida de las Acacias 22. Anotate ese número. Allí, la experimentada, y siempre codiciada Charlotte, maneja los hilos. Podés preguntar por ella y decirle que vas de mi parte.

Esa noche aparentaba ser una más hasta que algo vibró en el ambiente. Y no era para menos. Un pelotón de oficiales custodiaba a un infame criminal conocido como Rellik. El prisionero presentaba algunos hematomas y tenía los párpados tatuados con el número de la bestia. Una sombra de barba ocultaba sus rasgos juveniles para dar una imagen intimidante.

Las fuerzas de la ley no eran bienvenidas. Allí, en el garito de Charlotte, eran meros invasores. No obstante, la deseable madame sabía jugar con las reglas de la diplomacia y ofrecer generosos donativos para que hicieran la vista gorda. Por eso, invitó un trago a cada uno y se acercó para estrujar al reo contra sus opulentos pechos perfumados.

Uno de los efectivos, celoso ante el buen trato que obtenía su presa, lo aferró por la solapa y lo apartó. No tenía problemas en cumplir la última voluntad de un condenado a muerte. Pero no podía consentir en que fuera con una mujer tan impactante.

Cerró el puño, listo para aplicar todo el rigor policial sobre él. Súbitamente, la música cesó y el lugar se sumió en la más absoluta oscuridad. La puerta de calle se abrió para dibujar un corredor luminoso, ante la atónita mirada de los presentes.

Un reconocido político se paró en el centro del haz de luz. Llevaba un traje de blanco inmaculado con una rosa roja en el bolsillo izquierdo. Sus ojos destellaron con un fulgor carmesí, que amedrentó al uniformado y lo obligó a soltar al prisionero.

—Querida Charlotte —comenzó con voz almidonada y se quitó una pelusa imaginaria de la solapa. —Vas a tener que mejorar el derecho de admisión. Estos simios arruinarán la reputación de tu establecimiento.

Los policías rechinaron los dientes al ver cómo la aludida le extendía un abultado sobre. El recién llegado lo guardó en el bolsillo interno del saco, le acarició la barbilla y miró

hacia donde yacía el joven apaleado. Este lo saludó con familiaridad.

Charlotte regresó detrás del mostrador y aguardó unos segundos ante la atenta mirada de los parroquianos. A una seña del hombre de blanco, cargó una escopeta para arremeter contra los captores y ultimarlos. Los habitués del bar no lograban dar crédito a lo ocurrido. Especialmente, cuando ella se arrodilló a los pies del flemático visitante y le besó la mano. Más específicamente, el anillo que ornaba su dedo corazón..

—Santificado sea tu nombre.

El político saludó con un gesto de cabeza y se retiró ceremonialmente, seguido por sus dos guardaespaldas y el joven apaleado.

La luz y música regresaron tan pronto como cruzaron el umbral de la puerta de calle. Charlotte se acercó hacia uno de los caídos y le escondió un fajo de billetes en el bolsillo del pantalón, mientras le susurraba al oído.

—Corré hacia las colinas y empezá una nueva vida, lejos de esta ciudad. Nadie está herido. Tiré salvas, nomás.

Inmediatamente, se levantó como impulsada por un resorte y batió palmas con expresión enérgica.

—¡Les voy a pedir que me presten atención! ¡Es solo un minuto! ¡Dale, Ortiz… dejá de hablar con mis chicas y escuchame! Gracias. Como sabrán, esta asquerosa ciudad en la que estamos atrapados está bajo el dominio de la mafia. Se pasean a la vista, porque el mayor truco del diablo es hacerte creer que no existe. Me molesta recibir a los hijos de los condenados, pero no tengo más opción.

Hizo una pausa para apurar un vaso de tequila y relamerse los carnosos labios, antes de continuar:

—A mí no me interesan sus pecados, mientras tengan sus asuntos afuera y respeten este lugar. ¡MI casa! Y si yo me llego a enterar de que alguno de ustedes habló de lo que pasó hoy… no pisa más este lugar, ni le va a volver a tocar un pelo a mis chicas. ¿Está claro?

El ambiente era tenso como la cuerda de un violín, pero ella siguió.

—¿Alguno vio lo que pasó con los policías que trajeron al hijo del político este?

El silencio se paseó entre todos los presentes, quienes miraron hacia abajo con culpa.

—Perfecto. Ahora, ustedes se mandan a mudar y acá no pasó nada. ¡Y no vuelvan!

Los oficiales se cuadraron para contemplarla con gesto adusto y respetuoso, antes de subir la pequeña escalera y partir ante la silbatina general.

ACTO DE LOCURA

El soldado se levantó con lentitud. La explosión lo había dejado aturdido. Sacudió la cabeza, en un intento por aclarar sus ideas y advirtió las pilas de cuerpos destrozados, vísceras y sangre. Tragó saliva y corrió hacia las trincheras en busca de refugio. Sus músculos, acalambrados, le jugaron una mala pasada y estuvo a punto de caer varias veces.

Se zambulló justo en el preciso momento en el que una nueva explosión amenazaba con sepultarlo bajo tierra. A su lado yacía una mano y pocos pasos hacia la izquierda, un torso unido a una cantimplora. La abrió y bebió un sorbo. Sintió la sangre en sus oídos y se vio envuelto por el silencioso más horroroso. Contempló a su alrededor y el corazón se estrujó en su pecho.

El escalofriante telar de una naturaleza muerta se erigía en su apogeo. Maldijo a todos aquellos que buscan domar una tierra para enriquecerse, pero inmediatamente lo lamentó y se persignó. Él siempre había sido muy creyente y respetuoso de la Palabra. Sabía que algún día llegarían las revelaciones que se detallaban en el libro del Apocalipsis.

Nunca confió en que viviría para verlas tomar forma.

Un rugido hizo vibrar las escasas maderas que aún se mantenían en pie. Miró hacia el cielo y advirtió varios bombarderos que se preparaban para la contraofensiva. Sol y acero se amalgamaron en el firmamento para diseñar una pintura esperanzadora. Las hélices rasgaron el tejido allí, donde las águilas se atreven.

Un proyectil levantó una nube de tierra a pocos pasos de donde se hallaba guarecido. Rechinó los dientes y ensayó una última plegaria en busca del fuego sagrado que necesitaba. Aceptaría su destino y moriría con las botas puestas.

Por ello, cargó su ametralladora y emprendió una alocada carrera hacia las líneas enemigas. Le daría a sus compañeros la distracción que necesitaban para alcanzar el objetivo.

El cañón de un tanque pareció sorprenderse, antes de apuntar hacia él y escupir. El aguerrido soldado se elevó e imitó el vuelo de Ícaro.

ESCLAVO DE PODER

El tiempo permaneció detenido, inexplicablemente. Faltaban apenas dos minutos para la medianoche y la incertidumbre se apoderó del mundo. En el cielo se libraba una cruenta batalla entre dos ases del aire. Cada uno iba armado hasta los dientes, con bombas capaces de destruir un continente entero. Las piruetas que dibujaban en el encarnizado combate podían rivalizar con las acrobacias de los más aclamados ballets internacionales.

Las versiones sobre el origen del conflicto diferían. Unas advertían intereses geopolíticos, mientras que otras mantenían la convicción de la guerra religiosa. Los expertos en opinión y sembradores de pánico desplegaron todas sus artimañas para conjeturar y aterrar a los pobladores de cada ciudad. En cada rincón se reproducía el mismo escenario de conjeturas.

Pero allá en el pueblo las cosas eran diferentes. En un pequeño bar escondido entre las fábricas abandonadas y talleres mecánicos, un anciano se alzaba con la palabra. La tupida barba encanecida e hirsuta enmarcaba un rostro de facciones

erosionadas por una vida a la deriva. Sus ojos grises destellaban con la sabiduría de aquellos que han dado todo y más de sí a cambio de nada. Llevaba consigo cuanto poseía y levantó su botella de ron para darle un prolongado beso. Eructó y la dejó caer con ímpetu sobre la mesa. El salón quedó sumido en el más incómodo silencio.

—Son tiempos inciertos, amigos míos. Tanta matanza, tanto sinsentido me ha dejado horrorizado. ¡A mí, que enfrenté durante gran parte de mi vida a los peores monstruos marinos e inclemencias del tiempo! ¡Y aquí me ven, otro anónimo y viejo lobo de mar! Ninguna guerra comenzaría si cada esclavo de poder tuviera que salir al combate. En lugar de ello, los cobardes burócratas envían a la muerte a miles de jóvenes. Mientras tanto, ellos hacen aspavientos y gritan para las cámaras desde sus onerosos trajes de diseño con toda la pompa y circunstancia posible.

¡Qué diferente sería todo si los políticos discrepantes se convirtieran en los duelistas! Se cagarían encima con solo ver el destello en la hoja de la espada rival.

La pantalla de televisión capturó el momento en el que uno de los aviones abría un compartimento y dejaba escapar un

pesado proyectil. La escena se arrastró, lánguida, en cámara lenta. En ese preciso momento, todos los parroquianos levantaron sus vasos y entonaron las estrofas de la balada del viejo marinero.

ALGÚN LUGAR EN EL TIEMPO

Él abrió los ojos y tardó en acostumbrarse al prístino e inmaculado blanco que lo rodeaba. Intentó levantarse, pero se sorprendió al notar las correas que le sujetaban las muñecas y los tobillos. Un rápido vistazo a su alrededor reveló paredes mullidas y ninguna ventana. Solo una puerta con un pequeño recuadro. Gritó, o al menos esa fue su intención, pero tan solo pudo emitir un ronco gorjeo. Carraspeó y se aclaró la garganta para pedir que lo desataran.

Pero nadie acudió.

El silencio lo aturdió y se esforzó por ordenar sus pensamientos. Se sintió un extraño en una tierra extraña. Especialmente, porque nadie daba muestras comprenderlo. Hablaban en una lengua extraña y utilizaban atuendos exóticos.

Una enfermera de bellas facciones le aplicó una inyección y le dedicó una sonrisa cálida. Sus ojos oscuros chispearon con un guiño. Él se removió, con cierta incomodidad. Le costaba recordar cuándo había sido la última vez que había gozado. ¿Dónde quedaron aquellos años desperdiciados?

La dama pareció advertir su conmoción porque se inclinó para besarle la frente antes de salir, dejándolo completamente solo. Amarrado.

Él comenzó a sentir que los párpados se convertían en anclas. Luchó por mantenerse despierto, pero todo fue en vano. Su cuerpo se estremeció en un pequeño espasmo y tuvo la sensación de hacerse minúsculo para hundirse en la cama.

Imágenes abstractas y algunos recuerdos acudieron a su mente. ¿O eran producto de su imaginación? Se vio montado en un elefante al frente de un ejército. Un joven impetuoso que no se detenía ante nada, ni nadie. Una boda. Un manto púrpura. Ejecuciones. Una caverna perdida. Un trayecto interminable. La soledad de un corredor de larga distancia. Sirenas escondidas tras llamas esmeralda. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Acaso nadaba en un mar de locura?

Despertó aterrado. El corazón le latía aceleradamente y su cuerpo estaba empapado de sudor. Se sentía afiebrado y, al comprobar que estaba rodeado por varios médicos, tuvo una suerte de déjà vu. Se retorció y forcejeó para liberarse, ante la

azorada mirada de los presentes. Una de las correas cedió y él miró hacia el techo con los dientes apretados para rugir:

"El cielo puede esperar. ¡Soy Alejandro el Grande!"

SÉPTIMO HIJO DE UN SÉPTIMO HIJO

Estaba preparando la clase de hoy. Sentado en la mesa contra la ventana. Como todas las tardes. El café humeaba y el tostado tenía el queso derretido en su punto justo. Reflexionaba, sumido en mis sueños infinitos cuando un anciano se acercó, corrió la silla y se sentó del otro lado de la mesa sin esperar invitación.

—Tranquilo, mocoso. No te vengo a manguear ni a vender nada. Pero yo puedo ver más allá de toda comprensión y comprendo cosas que un humano normal, no.

Como advertí que la cosa venía para rato le acerqué el plato con una porción del tostado, pero lo rechazó con un movimiento de cabeza.

—Ya te dije que no quiero nada. Soy lo que popularmente llaman adivino. Cuando era un borrego me decían "El clarividente". Nunca supe por qué me tocó el poder para tener aquellas visiones. Lo que sí se, es que tenés que detenerte, porque no está bien lo que hacés. Aunque, te cuento un secreto… ¡Me encanta! Pero sabés que esto va a terminar mal. No pongas esa cara. Sé todo sobre vos. Tranquilo. Ya te dije que no quiero nada. Pero

no se trata de lo que yo quiera, sino de lo que vos desees.

Me atoré con una costra de miga y comencé a toser. Él me acercó el vasito con agua y lo apuré de un trago. La garganta me quedó rasposa. Tardé un rato en recuperarme. El viejo abrió los ojos a modo de interpelación y asentí, silencioso. Supuse que continuaría con su palabrerío, el cual retomó sin aguardar ningún tipo de aprobación.

—Lo veo en tus ojos. Te traicionan. Tenés el aura.

—¿El aura?

—Alrededor de las córneas. Una muy delgada línea roja. Eso te distingue de los demás mortales. Sos el séptimo hijo de un séptimo hijo. El…

—Sí. Ya sé. Ahora me va a decir que soy un lobizón.

El viejo se enfadó y levantó la mano como si me fuera a dar una bofetada.

—¡No digas tonterías! Eso es una bobada que inventaron para asustar a los campesinos. Sos el Niño Lunar. El de la profecía que sentencia que prepararás el camino para el verdadero reinado. Aún por

encima del castigo y del mal que hacen los hombres.

Un escalofrío me recorrió la columna. Sentí que el aire se espesaba a nuestro alrededor. El tubo fluorescente junto a la barra chispeó, antes de sumirse en la oscuridad.

—Todo a su tiempo, mocoso. Quedate tranquilo que la cuenta nos llega a todos. Solo los buenos mueren jóvenes. ¿Pero qué clase de vida tienen? ¿No es mejor disfrutar de una larga lista de placeres en lugar de ser un santurrón?

Intenté responderle, pero sentí una presión en el cuello y no pude emitir sonido alguno. Él se levantó, arrojó un billete, se tocó el ala del sombrero y se alejó con paso distendido.

Solo cuando traspuso la puerta el tubo volvió a encenderse. Me rodeó una oleada de frío y me esforcé por adivinar de dónde me conocía. Traté de seguirlo, pero algo indescriptible me tenía agarrotado a la silla.

Yo había sido adoptado porque mi familia natal me abandonó. Mis seis hermanos mayores murieron antes de mi nacimiento. ¿Y eso qué? ¿Cómo podía saberlo?

Consulté el reloj, pagué con mil pesos para quedarme con el cambio y tomé el bollito que dejó el viejo. Lo contemplé. Tenía una denominación irreal y absurda. Casi como un cliché o un chiste macabro. El retrato central era una composición entre su rostro y el mío. Las imágenes rapaces se sucedieron en una suerte de afiebrado ensueño. Los recuerdos en la estancia vinieron a mí. Mis hermanos mayores chapoteando en sangre a mis pies. Mi padre ahorcado. El tajo que dejó sus vísceras… Los sueños con mis mejores alumnas… La tierra revuelta en el jardín de casa… Mechones de cabello teñidos de carmesí… llantos que suplican piedad… Mis manos bañadas en…

Lo arrojé sobre la mesa, como si fuera una quimera. Mis piernas se debilitaron para dejarme caer nuevamente sobre la silla.

¿Puedo jugar con la locura? ¿O es ella quien juega conmigo? ¿Acaso no hay descanso para los que son como yo?

El mozo se acercó con una escalofriante sonrisa, capaz de atemorizar a un tiburón tigre y su voz rasposamente almidonada me anunció que había llegado el momento de pagar.

NO HAY ORACIÓN PARA LOS MORIBUNDOS

La bandera con el escudo de la madre Rusia se erigía, imponente, en el centro de la Plaza Mayor. Los vecinos, hartos de los atropellos, arremetieron contra las fuerzas armadas y la policía para dar con los mandatarios que llevaban varios lustros de obscena frugalidad a costa de hambrear y desangrar a los trabajadores.

Varios estallidos en las semanas previas lo habían advertido, pero ignoraron las advertencias del destino. El gobernador clamó por misericordia ante la divertida mirada de los presentes.

Luego de algunos minutos donde compareció colgado, varios delegados populares se acercaron con garrotes para apalearlo. Un escribano enumeró los crímenes contra la patria con gesto adusto.

El condenado sollozó y prometió enmendarse, pero solo provocó la carcajada general. No hay oración para los moribundos. Él ya estaba muerto. Solo que aún no lo sabía.

La persona elegida para el momento álgido del acto fue un hombre al que le faltaban las dos piernas y se desplazaba con la ayuda de una silla de ruedas. Era un veterano de guerra, quien había sido mutilado durante una batalla y vivía al día con una pensión para ex combatientes. Beneficio que la desidiosa gestión del interpelado le había quitado y lo había arrastrado a vivir en las calles. Por ello, casi saltó de alegría al escuchar su nominación. En su rostro se encendió una sonrisa escalofriantemente espléndida. Sus ojos brillaron con el arrobamiento del beso justiciero y levantó una pesada hacha, mientras era empujado. Otros representantes populares descolgaron al maltrecho funcionario y lo sentaron en el banquillo para continuar con el alegato.

.Solo pude escuchar el último fragmento del discurso:

…por ser el asesino de la cultura del trabajo, de la dignidad y los valores, pero especialmente… del pueblo. Se te acusa de ser tan amoral como para ser capaz de llevar a tus hijos al matadero con tal de no sentir cómo se clavan los ganchos en vos. ¡Ya no tendrás permitido robar, ni volver a la función pública! ¡MALPARIDO!"

La filosa hoja cayó encima de las muñecas del condenado y le cortó ambas manos. El aullido de dolor se pudo escuchar en varias cuadras a la redonda y fue el ringtone más utilizado durante las siguientes semanas. Hubo quienes se persignaron en asombro para unirse a la ovación general.

Aquel día, que cambió la mentalidad de nuestros gobernantes, se conoció como Enema Público Número Uno.

MIEDO A LA OSCURIDAD

La aparición abrió la puerta y me despertó. Iba cubierta de pecados y goteando con culpa. Arrastraba el sonido de las cadenas de miseria. Me froté los ojos, sorprendido. Estaba en mis últimas. ¿Qué podía pretender de mí? ¿Acaso yo había sido algo más que el fugitivo durante estos últimos años?

Y sin embargo, ahí estaba. Se acercó hacia mi cama y se sentó a mis pies, donde me contempló silenciosa durante algunos instantes. El tiempo se detuvo, el cuarto giró a mi alrededor y mi corazón alcanzó un repiqueteo frenético. Como si amenazara con escapar de mi pecho.

Sus delicadas manos de piel blanca deslizaron la capucha y pude ver a la mujer más hermosa de mis sueños. Aquella que creía inexistente y onírica. Intenté hablar, pero la yema de su dedo índice se posó sobre mis labios y silenció mis balbuceos.

Había sido un chico normal, aunque a veces me dejaba llevar por la ira. Una maestra vaticinó que me convertiría en un lunático si

no me veía un especialista. Me pregunto qué diría ella. Una tarde, pareció cambiar de parecer y me enseñó algunas artes extracurriculares. Aquella fue la primera de una serie de reveladores encuentros. Aquel fue el fin de la infancia y el primer paso a una vida más grande. Mi puerta de entrada a otro mundo, mucho más placentero. Poco a poco fuimos perdiendo el amor. A pesar de nuestras caricias desesperadas que, pronto, se transformaron en golpes. Cada vez más violentos. Me convertí en un guerrero de fin de semana. No necesariamente peleaba por los colores de mi equipo. No viene al caso de quién soy hincha. Muchas veces buscaba cualquier excusa para empezar una pelea en la calle. Necesitaba reventarle la cabeza a alguien para sentirme vivo. Con el correr de los años me sentí vacío e incorporé variantes y exploré otros rumbos, pero ninguno pareció complacerme. Hasta que una noche en la que un tipo me quiso asaltar con una pistola perdí el miedo a disparar a extraños. Descubrí la adrenalina y placer que dan el poder terminar una vida con el movimiento de uno solo de mis dedos. Pero la mejor droga…. mucho mejor que el sexo, inclusive, es mirarlos a los ojos antes de gatillar. El miedo es la clave. Te envuelve, te extasía y querés más. Por eso, tenés que ser rápido o morís.

Sentí algo cálido en la frente y regresé a la oscuridad y humedad de mi celda. Ella posó sus suaves labios sobre mí y me acarició la mejilla con una expresión de complicidad maternal. Sabía que era el momento de un último deseo. La silla sería mi próxima parada. Ella se arrodilló entre mis piernas para contemplarme, con la súplica impresa en sus bellas e inmaculadas facciones.

—Judas, sé mi guía. Puedo chasquear los dedos para mandar a dormir a todos. Podemos escapar y estar juntos de aquí a la eternidad.

Una gran presión acudió a mi garganta y la visión se tornó borrosa. Me acerqué y besé sus labios. En ellos saboreé nuestras lágrimas saladas y le susurré mi negativa al oído. Ya había hecho demasiado mal y debía aceptar mi destino. Sé que me esperan la silla o la horca.

Ella asintió en silencio y se cubrió con la capucha para retirarse. Antes de cruzar la puerta se volvió para dedicarme una última mirada y reconocí en sus ojos a todas las mujeres que odié, a las que lastimé y a las que amé con igual pasión.

La gélida humedad del calabozo me envolvió en cuanto la reja se cerró. El eco fue ensordecedor.

Desde esa noche le tengo miedo a la oscuridad.

EL FACTOR X

Eran las 2AM y la quietud aturdía en el filo de la oscuridad. Los húmedos adoquines estaban teñidos de carmesí. Él se abrió paso entre los cuerpos de los caídos. Ambos bandos habían sacrificado a sus mejores guerreros.

Revolvió en los bolsillos de los caídos para hacerse con un pequeño botín de navajas, billetes y teléfonos celulares. "Fortunas de la guerra", como le gustaba llamarlas. Lamió la hoja de la navaja y la guardó en el bolsillo trasero, antes de hacer una llamada.

Un auto de alta gama llegó unos minutos más tarde. El conductor uniformado abrió la puerta trasera. El párroco del pueblo descendió del vehículo y se acercó hacia el joven arrodillado para posar la mano en su frente y darle la bendición.

—Hijo mío. Levántate y dime qué has aprendido.

—Padre, perdóneme porque he pecado. Siempre estoy en el borde de la ira. Me dejé vencer por la tentación y asesiné a

todos mis enemigos. Sé que solo me espera la condena celestial…

El cura levantó la mano para exigir silencio. Una sonrisa se dibujó a través de su hirsuta barba. Hizo una pausa para que el guerrero se levantara y le acarició la mejilla.

—Hijo mío. Espero te arrepientas por tus pecados y comprendas que las vidas que has segado no son nada comparado con el juicio del cielo. Es el no creyente quien debe pedir perdón. Quien solo busca tesoros terrenales se convierte en un simple "Señor de las Moscas". Pero quien entrega su alma al Señor se asegura un lugar en el Reino Sagrado.

El tono cambió para convertirse en un escalofriante rugido apagado. Extendió la mano y sus ojos adquirieron un nuevo brillo.

—No esperarás que te absuelva con un par de oraciones. ¿Recuerdas lo que te comenté acerca del diezmo? Bien. Ese diezmo es lo que te queda a ti, hijo mío. Son las secuelas de tus actos. Tu generosa ofrenda me permitirá lavar tus pecados. Pero no te preocupes: dejaremos la sangre en las manos del mundo.

Contó lo recaudado, eligió un teléfono de última generación y guardó todo en algún bolsillo bajo la sotana. Se acercó para tomar el rostro del estupefacto joven con ambas manos para robarle un furioso beso, tras el cual levantó la mano derecha y dibujó el signo de la cruz.

VIRTUAL XI

"¿Cómo estáis amigos? Pasad y disfrutad de diversiones nunca antes vistas".

Así rezaba el pasacalles que adornaba la avenida principal del pueblo. La feria itinerante se arrastraba en aquella tarde otoñal. Pocos vecinos habían concurrido. Probablemente, a causa del aspecto desvencijado que tenían algunos juegos. O por el desaliñado aspecto del pregonero devenido en hombre carta. O quizás… sí. Había una extensa lista de potenciales razones.

Lo cierto es que la joven Sandra se había acercado para hacer algo distinto que le sacudiera la monotonía. Había logrado que una de sus tías se ocupara de su hija de dos años para disponer de una tarde para sí misma.

Intentó suerte con la pistola de agua, con el lanzamiento de pelotas para derribar patos plásticos, los bolos y hasta se dio el gusto de comprar una manzana acaramelada. Sus sandalias gastadas apenas le cubrían los pies que mostraban unas uñas despintadas y una clara reticencia al baño.

Pero fue al pasar por la tienda de Corina, la adivina, donde tuvo un escalofrío. Al principio no le dio importancia. Pero la sensación se repitió minutos más tarde al volver a contemplar el cartel pintado.

El viento levantó una pequeña nube de polvo y el susurro de su nombre le acarició los oídos. Azorada, miró en derredor, pero se encontró sola. Todos los visitantes estaban sumidos en sus propias diversiones.

Tanteó las monedas en el bolsillo y decidió entrar.

Corrió la cortina de ordinarias bolillas plásticas que pretendían ser diamantes para encontrarse en una sala que abrumaba con el hedor de la humedad e incienso. En un rincón había una mesa con una pecera vacía. Su mirada se posó en la telaraña que coronaba el rincón más alejado.

Una mano se posó en su hombro, seguida por un susurro gutural que la sobresaltó. Una anciana obesa y encorvada pasó junto a ella y tomó su lugar en la mesa, bajo la morada del arácnido. Hizo una reverencia y mostró sus dos dientes superiores.

—Ven, jovencita. Veo que tienes muchas preguntas. Puedo decirte todo lo que va a pasar porque está escrito.

Ella retrocedió un paso, sobrecogida. La sonrisa desdentada se ensanchó aún más.

—No tengas miedo, querida. Es un precio muy pequeño a cambio de saber tu destino, Sandra.

La joven se cruzó de brazos con un estremecimiento e intentó preguntar, pero la añosa mujer levantó la mano y señaló el cartel de anuncio.

—Hija mía. No necesitas ser adivina para saber que soy Corina, la adivina. Puedo ver el pasado y el futuro a cambio de unas pocas monedas. Por eso sé cómo te llamas y muchas cosas más. Y estás ansiosa por conocerlas. ¿No es así, Sandrita?

Escuchar su nombre pronunciado de aquella manera escalofriante la molestó y le clavó una mirada defensiva, seguida por un gruñido.

—¡Qué atrevida has resultado, jovenzuela! ¿No te dijeron que no mires a los ojos a un extraño? Así te fue con el padre de tu hijita.

Ella abrió la boca para responder, pero su garganta parecía atenazada por una mano invisible. La anciana continuó, con expresión adusta.

—Shhhh... Yo también fui joven y sé que la carne es débil. Tu padre siempre te trató como si fueras idiota. Casi no tuviste afecto. Solamente debías colaborar con las cosas de la casa. Está todo escrito. Lo veo claramente. ¡Ahí está!

Sandra se acercó tímidamente y depositó las monedas en el plato junto a la pecera, antes de sentarse. La contempló con gesto extrañado.

—¡Qué linda que eres! No es más que una bobería para impresionar a los incrédulos. Todo está aquí. —Se señaló la sien con un índice huesudo cuya uña rivalizaba con el largo de una falange.

—Tu padre… te denigró siempre. Te castigaba si contemplabas alguna ilustración de un hombre con el torso desnudo. Pretendía conservarte virgen hasta el matrimonio. Tu madre, en cambio, era una mujer muy hermosa y dulce. Solían llamarlos "el ángel y el apostador". Tu madre murió cuando apenas eras una bebé. Dijeron que fue por la fiebre, pero en realidad, la sífilis se la contagió tu

padre. Un bebedor, adicto a los burdeles y al juego.

Por eso, te inculcó el amor por los estudios. Pensaba que eras idiota, pero aún así buscó algo para mantenerte ocupada en tus años de adolescencia. Así, logró que te convirtieras en una tonta educada. Culta en los libros e inocente en la vida. La rigidez paterna y la pasión del vientre no suelen ir de la mano. Es allí cuando dos mundos chocan.

Fue cuestión de tiempo para que conocieras a un muchacho que te haría conocer las pasiones desmedidas con las que soñabas. Sí... Lo veo todo. El sobrino del carnicero. Las tenía locas a todas, pero ese día se fijó en ti. Te prometió el sol, la luna y hasta los anillos de Saturno. Le creíste y al poco tiempo llegó la pequeña Aimeé. Está clarito aquí. Estaba predestinado.

Tu padre lo miraba con malos ojos. Él anhelaba otro futuro para ti. Quería desposarte con alguien acaudalado para poder convertirse en miembro del clan. Cuando advirtió tu embarazo intentó persuadirlo para que se casara contigo bajo amenaza de muerte. El joven se rehusó y en la pelea, fue tu padre quien vio el final de sus días. El carnicero pareció hacerse cargo de la

criatura y durante un breve período se comportó como un buen padre. Pero pronto encontró otra querida y comenzó a despreciarte. Las palizas se hicieron más frecuentes, hasta aquella noche en la que te defendiste y le clavaste la cuchilla en el cuello.

—Espere, Corina… Todo esto es muy confuso. ¿Cómo puede saber tanto sobre mí, sin siquiera…—La joven no paraba de temblar y ardía de curiosidad.

—Ya te lo dije, Sandrita. Lo veo todo.

—Pero si usted me cuenta lo que va a pasar, puedo hacer las cosas diferentes y cambiar mi destino.

La anciana lanzó una carcajada ante la sonrisa superada de su visitante.

—¡Qué ingenua eres! ¡Tu destino está escrito y por más que te esfuerces, no podrás cambiarlo!

—Ya no soy una joven ingenua. ¡Además… usted puede decir que yo maté al padre de mi hija, pero fue en defensa propia! —Se levantó, airada y golpeó la mesa. —¡Y no tiene pruebas!

—No las necesito. Y no tienes por qué ponerte así. No voy a acusarte. El tiempo

pondrá las cosas en su sitio. Dicen que nadie tropieza dos veces con la misma piedra, pero en tu caso el rayo caer dos veces en el mismo lugar.

—¡No quiero seguir escuchándola, mentirosa! ¡No soy ninguna tonta! ¡Déjeme en paz!

La joven apartó la silla con un manotazo y se retiró con paso enfurecido, sin mirar hacia atrás. Corina guardó la moneda con gesto ceremonial y sonrió complacida.

NUEVO MUNDO VALIENTE

El ángel caído despertó de un prolongado letargo. El resplandor de las pantallas lo obligó a entrecerrar los párpados. Se frotó los ojos para disipar los últimos resabios del sueño de espejos en el que se hallaba inmerso.

En el cuarto de máquinas el mercenario y el nómade disputaban una partida de ajedrez neutrónico. Desde aquel primer encuentro, años atrás, rivalizaron con cada poro de su ser. Cautivos y condenados a una muerte poco honorable, se vieron impelidos a forjar una alianza. Cuando el nómade estuvo a punto de caer al abismo fue el mercenario quien lo socorrió. De igual manera, la devolución de gentilezas llegó al verse rodeado por una pandillas de salvajes asaltantes interestelares.

Se convirtieron en hermanos de sangre, pero no por ello dejaron de competir hasta en el más mínimo detalle. Ya fuera una apuesta, el conteo de enemigos derribados o la conquista de una dama. Todo valía para mantener la amistosa rivalidad.

El Ángelus, la nave en la que viajaban, se encontraba fuera del planeta silencioso. Su capitán definió las coordenadas que los llevaría hacia un nuevo mundo valiente.

Mientras sus acompañantes se divertían, él reflexionaba. Estaban justos de combustible y provisiones. Debían evitar cualquier tipo de batalla si deseaban maximizar las chances de seguir con vida. Tarea algo difícil, a la deriva en la constelación de Nediam, donde los acérrimos gángsters galácticos se disputaban cada crédito y botín. Enfrentarse con las flotas del Hombre de Mimbre o con el Fantasma del Navegante sería fatídico. Mucho peor aún, si se llegaban a ver envueltos en medio de una batalla entre ambos.

Por eso, el tiempo se detuvo cuando la pantalla holográfica chirrió y ambos hampones lanzaron un ultimátum. Debían rendirse y entregar la nave, cargamento y créditos para convertirse en esclavos. La orden fue clara. Los dientes del ángel caído rechinaron. La negativa fue inmediata. Solo les quedaba luchar por sus vidas y vender cara la derrota.

La proyección en el comunicador mostró a los hampones rivales abrazados. Sonreían con gesto socarrón y triunfal que

demostraba que se habían cargado la delgada línea entre el amor y el odio.

BAILE DE LA MUERTE

Soy un oficial. Probablemente no sea el mejor, ni el más condecorado. Es más, puede que no logre ninguna medalla. En el mejor de los casos, puede que esto llegue cuando ya no esté.

Anoche hicimos el desembarco. Sentí la sangre que se agolpaba en mis oídos y me asusté hasta de mi propia sombra. Las órdenes decían que debíamos continuar hasta la nueva frontera. Mi cerebro quería continuar, pero todos los músculos me traicionaban. Tenía el rostro en la arena y no podía levantarme. Y pensar que hace tan solo un año atrás estábamos en plena edad de la inocencia.

Tengo miedo. Tenemos todo en contra. Ellos tienen más tropas, mejores armamento y equipamiento. Solo puedo ver una victoria en mis sueños salvajes. ¡Cómo me gustaría estar en casa mirando la tele! ¡Tener el poder del Creador de la Lluvia y borrar mis malas decisiones!

Aquí estoy. Desnudando mi alma en esta carta. Puede que nunca la recibas. Probablemente, los libros de historia no

hablen de nosotros. Ni le den la épica de Montsegur o Paschendale. Solo espero que lo que cuenten sea fiel a lo que ocurra. Pase lo que pase. No más mentiras. Ya sé que la historia la escriben los que ganan. Pero si no nos masacraran como carne de cañón para que gordos alcohólicos, angurrientos y cobardes se la midieran, no tendrían a quién derrotar.

Tengo tantas cosas para contarte, pero nos dan la orden de alistarnos para enredarnos en el baile de la muerte a las 630. Quiero decirte cuánto te extraño. ¡Cuánto anhelo volverte a abrazar, cubrirte de besos y decirte que todo va a estar bien! Que golpeé las puertas del mañana y volví para envejecer juntos.

El manuscrito fue hallado con manchas de tierra y sangre y se exhibe en el museo, en el pabellón dedicado a los héroes anónimos caídos en defensa de la Patria.

UNA CUESTIÓN DE VIDA Y MUERTE

El peregrino sacudió el polvo de sus botas y empujó la doble puerta vaivén. La música estridente y el griterío general mantuvieron el decorado de aquel mundo indiferente.

Se acodó en la barra para pedir un whisky sin hielo. Lo bebió de un trago y le hizo una seña al tabernero para que lo volviera a llenar.

Una sensual morena de ojos rasgados e insolente escote se acercó con andar felino. Sus vertiginosas caderas eran resaltadas por un ceñido pantalón vaquero y botas de taco aguja. Lo saludó con un provocador beso muy cerca de la comisura de los labios y pidió dos tragos.

Él le lanzó una mirada de recelo. En ese preciso momento un robusto hombre de enmarañada barba y cabellos desgreñados se puso entre medio de ellos para tomar el vaso, escupir en él y volverlo a posar sobre la mesa. Junto a la mano del visitante.

—Fuera de aquí. No nos gustan los forasteros. Especialmente, los que visten tan

ridículamente como tú. Esos colores ya no corren. ¿Te enteras?

La ocurrencia fue recibida con una carcajada general ante la indiferencia del peregrino. La sugestiva mujer lo miró a los ojos y retrocedió como si se hubiera enceguecido con un resplandor más brillante que mil soles.

El altanero obeso, cuya camisa estaba manchada, apretó la quijada del recién llegado y acercó su rostro hasta que sus narices casi se tocaron.

—¿Acaso eres mudo, cagarrito? ¡Te estoy hablando, mal nacido hij…

Nunca pudo terminar. Un disparo le atravesó el maxilar inferior y dejó un humeante hoyo en el cráneo. Las risas enmudecieron en el acto y varios pares de ojos se abrieron con desmesura.

En ese mismo momento, la morena comenzó a temblar y sus ojos se volvieron hacia adentro. Sus carnosos y deseables labios dibujaron una gélida mueca que hizo que los parroquianos retrocedieran, aterrados.

El forastero tomó la botella de whisky y bebió directamente del pico, antes de arrojar

un par de billetes arrugados y retirarse tan silenciosamente como había llegado.

Aquel sería el día más largo en la historia del pueblo que nunca había logrado estar fuera de las sombras. Los matones de tres al cuarto debieron convertirse pronto o emigrar. Solo quedaron las mujeres y niños, además de algunos granjeros y el tabernero.

Pero yo supe la verdad apenas lo vi. Estaba dándole de beber al caballo de Nick Smith cuando ese tipo llegó. Ya conocía la leyenda. El forastero no era un asesino, ni un advenedizo. Era un Señor de la Luz. Iba de pueblo en pueblo para restablecer la paz y la fe para mayor gloria de Dios.

Sabía todo acerca de él, y sin embargo es tan anónimo y misterioso como la reencarnación de Benjamín Bregg.

LA FRONTERA FINAL

El frío y embravecido mar mecía el buque y forzaba a los remeros, quienes debían redoblar sus esfuerzos. En cubierta apenas podían ver más allá de sus narices y los rostros se veían sacudidos por una impetuosa tormenta.

Bruce, el joven capitán intentaba descansar en su camarote. El alquimista, quien hacía las veces de mentor, le mostró su posesión más preciada: el talismán que había hallado en El Dorado. Aquella fatídica expedición de la que solo había regresado él. Aquello dio origen a las más diversas leyendas. Algunas que lo perfilaban como un héroe, otras como un sobreviviente y otras como un traidor y un cobarde.

Solo él conocía la verdad y ese sería un secreto que se llevaría consigo. Pero lo que verdaderamente le importaba eran los progresos de su protegido. Un capitán a punto de cumplir la mayoría de edad que estaba regresando a casa victorioso tras su última expedición. Lo hacía con escasas bajas, lo cual alimentaría su incipiente leyenda.

Subió a cubierta para arengar a sus subalternos y prorrumpió en juramentos contra el clima y contra Dios. Al escucharlo, el alquimista le arreó un bofetón y se persignó con expresión contrita, al tiempo que elevaba la vista hacia el oscuro cielo.

—¡Madre de la misericordia! ¡Perdónalo, padre! Es joven e impetuoso, pero su corazón es noble.

Un trueno retumbó y un relámpago iluminó el horizonte, a modo de respuesta.

—Bendecido Bruce. No oses desafiar al creador. Que las estrellas no te cieguen. Cuando el viento salvaje sopla es un buen augurio. Hay que afrontar el temporal y salir airoso. Solo los fuertes regresan con la frente en alto.

Las emotivas palabras endurecieron el gesto del hombre que quería ser rey, quien se golpeó el pecho y se arrodilló para humillarse ante los ojos de Dios.

Unos minutos más tarde la tormenta amainó para que pudieran continuar el viaje en paz. Izaron las velas con el impulso del viento a favor y brindaron a la salud del nuevo líder. El amanecer los sorprendió en la borda, mientras intercambiaban historias de guerra.

La brumosa lontananza se tiñó de morado y el alquimista regresó con expresión eufórica con el astrolabio en la mano.

—¡Lo acabo de ver! ¡Los astros nos acompañan! ¡El Satélite 15… La frontera final! ¡Solo nos queda una batalla más antes de regresar a la Isla de Avalon!

EL LIBRO DE LAS ALMAS

El Imperio de las Nubes se erguía silencioso e imponente. Siglos atrás había sido la morada del más despiadado tirano. El gran desconocido comenzó el ascenso de la interminable escalera externa que daba a las puertas reales. La noche estaba por caer y contempló en la lejanía. Las sombras en el valle rugieron amenazantemente y terminaron de empujarlo hacia el interior.

Las paredes conservaban las inscripciones de glifos ininteligibles. No se parecían a ninguno que hubiera visto con anterioridad. Al deslizar la yema de los dedos creyó advertir el hedor de la muerte.

Comenzó a caminar con lentitud y sigilo. Ser víctima de los numerosos ingenios no estaba entre sus planes. Encendió la linterna y recorrió cada rincón del pasillo que se prolongaba indefinidamente.

Un sonido similar al de una rama al quebrarse lo sobresaltó y retumbó con eco. A su espalda una robusta piedra bloqueó la salida. Movido por un impulso retrocedió para pegarse a la pared. Una pequeña plataforma

de madera con estacas se disparó desde la pared derecha hacia la izquierda.

Se había salvado por los pelos. Si hubiera corrido en desesperación se habría topado con ella. El corazón alcanzó la velocidad de la luz. Esquivó la trampa continuó su cauteloso avance.

Unos minutos más tarde alcanzó una bifurcación en donde un pergamino se exhibía en un altar. Contenía más glifos y supo que estaba en presencia de una hoja del Libro de las Almas. En cuando deslizó la yema del índice sintió un leve ardor y retrocedió, espantado.

Una inmensa lanza atravesó el espacio en el que había estado su cabeza un par de segundos antes. Las rodillas se debilitaron y respiró pesadamente. Miró hacia el pergamino y advirtió cómo el rojo y el negro adoptaban formas jamás vistas.

Todo comenzó a girar a su alrededor y su visión se tornó oscura en cuanto intentó retomar la marcha.

Despertó en una suerte de bóveda, sin saber cómo había llegado. La náusea aporreaba sus entrañas y el aroma a sándalo

rivalizaba con el encierro, la humedad y el hastío.

Su vista recorrió las inmensas paredes. Las inscripciones brillaron para cambiar de forma y adoptar rasgos familiares. Las palabras lo aturdieron y le golpearon la sien, como pronunciadas por una voz en su interior.

"Cuando el río corre profundo el hombre solo puede seguir el rumbo que proyectan sus valores. Solo los cobardes están al pendiente de la vida ajena. Los virtuosos se esfuerzan en crear, en avanzar y en compartir.

Si la eternidad fallara solo quedarían la miseria y el fervor religioso. Muerte o gloria. El hombre de las penas solo podrá alcanzar una de las dos, pero no lo sabrá hasta que aprenda a respetar las lágrimas de un payaso".

TÁCTICA

La máquina del tiempo comenzó a lanzar vapor. Chillaba y gruñía, al borde de la autodestrucción. El viajero se apartó y miró a su alrededor. Se supo perdido en un mundo perdido, muy diferente del que conocía.

Revisó el instrumental, pero no quedaba otra cosa más que humeantes fierros retorcidos. Consultó el pergamino que llevaba enrollado en el cinturón y decidió caminar en dirección norte. La travesía fue recompensada con una bruma grisácea y una inmensa muralla. Tropezó con algo y reparó en el cuerpo decapitado que yacía a sus pies. Sus ojos siguieron el río de sangre y pudo ver cadáveres mutilados por doquier. Un escalofrío lo recorrió, pero luchó por controlarlo.

Así, sus manos alcanzaron los inmensos bloques de piedra oscura y recorrieron sus grietas. Le tomó un buen rato, pero pudo descifrar la escritura en la pared. Una hosca carcajada lo sobresaltó. Un ave de presa voló rasante junto a él y un hedor putrefacto le revolvió el estómago.

Blandió la espada y su cuerpo se paralizó durante un par de segundos. Tenía ante sí a la despiadada Emperatriz de la Miseria. Estoica y soberbia, montada en un dragón de piel escamosa y azulada.

El primer zarpazo que arrojó la bestia lo mandó a varios pies de allí. Él no era, precisamente, un estratega sino todo lo contrario. Pero aún así, sabía que no podía pelear de igual a igual. Necesitaba una táctica.

Rechinó los dientes y se lanzó al ataque, pero la inmensa fiera lo repelió una y otra vez. Hasta que, aburrida, lo aprisionó contra la palma de su mano para levantarlo a la altura de su ama.

Los ojos del viajero se cruzaron con los de la Emperatriz. Supo que desataría el infierno en la Tierra. La rugiente bestia a sus órdenes lanzó su fétido aliento y le provocó una náusea. Él vio pasar toda su vida en un pestañeo. Los momentos de felicidad, las virtudes, los defectos y los días del futuro pasado.

El horror se apoderó de él. Pero un grito de justicia nació desde sus entrañas ante la divertida mirada de la mujer. El clamor de la venganza por la muerte de los celtas que había exterminado. Sus ancestros. Sabía que

estaba en la hora más oscura. Si sobrevivía, el mañana sería esplendoroso.

Rugió una maldición y levantó la filosa hoja sedienta de sangre. Buscó el flanco más vulnerable e inesperado. El corazón de la Emperatriz. La bestia se revolvió con un aullido demencial que se replicó en cada ladrillo de la imponente muralla. El dragón lamió la sangre de su ama y la dejó caer para levantar vuelo hacia la libertad.